

## Capítulo IV

EL COLEGIO MISIONERO DE OCOPA. SU FUNDACIÓN, UTILIDAD, DECADENCIA Y DECRETO PARA SU RESTAURACIÓN. LA INTRODUCCIÓN DEL CRISTIANISMO POR LOS RÍOS MARAÑÓN, HUALLAGA Y UCAYALI, ETC. POR LOS JESUITAS Y FRANCISCANOS. LA CARTA DEL FRAILE MANUEL PLAZA, EL ÚLTIMO GRAN MISIONERO DE OCOPA, AL PREFECTO DE JUNÍN

AUNQUE EL DEPARTAMENTO DE JUNÍN solo pudiera preciarse de las ventajas que proceden de la elevada cantidad de metal precioso que proporciona anualmente, eso bastaría para respaldar su reclamo referente a la atención, no solo del Gobierno peruano, sino, además, de todos aquellos países que mantienen relaciones amistosas y comerciales con el Perú.

Sin embargo, deben surgir más elevadas simpatías que las que emanan de las meras consideraciones pecuniarias, cuando se recuerda que desde un rincón de este departamento la voz de la cristiandad ha penetrado en las vastas regiones de tribus paganas y salvajes, y ha alcanzado a los nómadas errantes entre las más densas marañas de las selvas, que ocupan una gran porción del amplio territorio misional del Perú. De Ocopa proceden esos celosos, perseverantes, abnegados y recios hombres, cuyas vidas han tenido el gran objeto, en medio del peligro y en el nombre del Salvador, de agregar a la fe de la Iglesia y a la sociedad civilizada, seres cuyos espíritus eran tan oscuros y agrestes como las selvas que habitan: desde los confines de los ríos Mantaro y Apurímac al sur, hasta el río Marañón o Amazonas por el norte, y desde las provincias fronterizas del Departamento de Junín al oeste, hasta el gran río Ucayali al este. El colegio misionero de Ocopa, situado en

la 12°2' latitud sur, en la provincia de Jauja, a una distancia de unas 12 leguas al sureste de Tarma, fue fundado, en el año de 1725, por el comisario de los misioneros, fray Francisco de San José, con la intención de establecer misiones para la conversión de los indios, abarcando los primitivos territorios fronterizos anteriormente mencionados. Entre los años de 1757-1758, fue erigido en colegio de Propaganda Fide por bula de Su Santidad, Clemente XIII, y cédula de Su Majestad, Fernando VI.

El colegio tiene adosada una iglesia edificada en piedra, y nos han dicho que antes, cuando sus altares estaban decorados con costosos donativos y sus eclesiásticos eran famosos por su santidad, los fieles afluían en gran número. Los misioneros de este colegio tenían establecimientos religiosos subordinados o asilos en otras provincias del departamento, como por ejemplo, Huaylas, Huánuco, y también Tarma, en un lugar llamado, Vítoc, a la entrada de la montaña. El colegio fue construido originalmente para dar alojamiento a 40 monjes, no obstante, a finales del siglo XVIII, bajo la guardianía del reverendo padre fray Manuel Sobrevela, su número era 84, parte de ellos distribuidos en diversos asentamientos y también en los caseríos de neófitos entre las selvas más allá de las cumbres orientales de los Andes. El seminario, que estaba bajo la protección real, tenía una limosna del Gobierno de 6000 pesos al año. La gran revolución que arrancó al país de las manos de los españoles, también privó al colegio de su mejor apoyo. Los patriotas, en medio de combates, proscripciones, confiscaciones y persecuciones, no perdonaron siquiera a esta útil institución; los monjes se dispersaron al verse privados de la protección gubernamental, y ahora solo se puede ubicar a unos cuantos ancianos hermanos canosos del número de estos padres fugitivos. Visitamos a uno de ellos, descalzo y con la cabeza descubierta, en su humilde celda en San Francisco de Lima. Sus pensamientos, ajenos a lo que ocurría a su alrededor, usualmente se iban hacia las tribus del Huallaga y el Ucayali, y con un entusiasmo que iluminaba los ojos de la edad venerable, señalaba en los pasadizos y claustros de esta gran iglesia conventual de su orden las pinturas que conmemoraban el martirio de aquellos de sus hermanos que cayeron víctimas de la violencia de los salvajes, a los cuales se esforzaron piadosamente por convertir a cristianismo.

Al haber constatado los patriotas, en buena medida, la pérdida nacional que probablemente resultaría de descuidar el territorio de las misiones, y de permitir a los indios cristianizados a medias volver de nuevo a su antigua condición salvaje e independiente, por falta de sacerdotes oficiantes y monjes celosos que continuaran la obra de civilización en que los españoles se habían involucrado con tanto ánimo y éxito, el Gobierno peruano resolvió, en marzo de 1836, anular el decreto que en noviembre de 1824 había ordenado convertir el colegio religioso en un colegio o academia común para la instrucción general, el cual, no obstante, nunca fue establecido sobre una base permanente. Además, en el preámbulo del decreto, se expresaron otras razones de menor importancia para restaurar el colegio a sus anteriores funciones: i) se declaró que la civilización de las tribus salvajes del interior y su conversión a la santa fe católica era una empresa digna de la luz intelectual de la época en que vivimos, y aceptable a la mirada del Todopoderoso; ii) que solo con este propósito se había concebido el colegio en el momento de su fundación; iii) que el gobierno había tomado efectivamente medidas para inducir a los misioneros a venir de Europa y restablecer esta institución piadosa; iv) que, por tanto, el colegio misionero de Ocopa debía ser restablecido, precisamente, bajo las mismas condiciones anteriores a la revolución o al decreto del 1 de noviembre de 1824; v) que se le debían restituir todas sus rentas y propiedades y, además, cualquier renta que hubiera sido asignada a la referida academia debía ser transferida al colegio misionero y vi) que el arzobispo debía designar a la persona adecuada para que se encargara del colegio y recibiera sus rentas, y pagara de este fondo los gastos de la refacción de los edificios y el dinero para el pasaje de los esperados monjes europeos, cuya llegada el reverendo arzobispo debía promover, mientras supervisaba las necesarias reparaciones del colegio, y hacía las reformas de sus regulaciones y normas de forma que armonizaran con la forma republicana del Gobierno. Nada puede probar más claramente la decadencia de la causa misionera, y, podemos quizá agregar, la decadencia de la religión práctica en el Perú (ya que su propio clero carece de celo y ánimo para actuar como misioneros) que este documento; y, aunque la invitación está dirigida de forma más inmediata a los eclesiásticos españoles, el espíritu del decreto parece abrir la puerta

a cualquier compañía o asociación que, adhiriéndose a la forma católica de instrucción cristiana, pueda desear extender su benevolencia y religión a las fértiles regiones del Amazonas, y así cumplir su misión muy lejos de las escenas de anarquía política y desgobierno, y de influencias hostiles que pudiesen impedir el ejercicio de su sagrada vocación. La experiencia ha mostrado suficientemente que estos indios del Perú oriental no son incapaces de mejoramiento intelectual ni carecen de los elementos morales que forman los cimientos del edificio social, y si han de ser educados, guiados y disciplinados en un estilo de vida según el evangelio, por maestros activos, honestos e ilustrados, que sepan que la fe llega por la prédica, y la prédica por la palabra de Dios, se habría incluso de manifestar en las riberas del Ucayali y en la hermosa Pampa del Sacramento un pueblo grande y virtuoso, preocupado por saber y cumplir sus respectivos deberes, donde ahora la barbarie cruel y la superstición salvaje mantienen su lúgubre poderío.

Hacer un relato histórico completo de los viajes de los misioneros de Ocopa, sus expediciones por diferentes rutas y sus diversos resultados; o penetrar en la economía interior del colegio y los detalles de su disciplina, sería un tema demasiado abundante para el corto espacio que hemos asignado a este tema, que, en sí mismo, es de extraordinario interés. Y desprender la historia de los esfuerzos misioneros de los jesuitas de Quito y San Borja de los de los franciscanos de Lima y Ocopa, definir los límites precisos de las conversiones de cada una de estas órdenes religiosas independientes unas de otras, no estaría libre de complicaciones, ni parece ser necesario especificar el grado de mérito otorgado a cada una, pues ambas trabajaron en el mismo arduo viñedo, y la última continuó meritoriamente lo que la primera había iniciado. Pero, para dar una idea del origen de tales misiones, puede ser útil remontarse al descubrimiento de las regiones en que se han implantado.

La desembocadura del Maraón fue descubierta por Vicente Yañez Pinzón a fines del siglo XV, pero [Francisco de] Orellana, el lugarteniente general de Gonzalo Pizarro, gobernador de Quito, fue el primero en navegar río abajo, desde el punto en que el río se une con el Napo, hasta el océano. La nave que utilizó fue construida en el mismo lugar donde inició la expedición. Dicha misión fue ordenada por Pizarro, quien ya

había sobrellevado grandes penalidades y, además había sacrificado a la mayoría de sus seguidores en una expedición de descubrimiento interior. Orellana comenzó su viaje en el año de 1540 o 1541.

Algunos de los nativos fueron amistosos con él, pero otros se opusieron a su avance en sus canoas; y como los hombres de una determinada tribu fueron auxiliados por sus mujeres en el combate, el capitán español dio a sus mujeres guerreras el nombre de Amazonas, de donde proviene el de Amazonas que el gran río todavía mantiene.

Otra expedición, bajo el mando de Pedro de Ursúa, fue realizada en 1560, pero él y la mayoría de sus hombres cayeron víctimas de una emboscada que les tendieron los indios. En 1602, el padre Rafael Ferrier, un misionero jesuita, bajó por el Marañón hasta el río Napo, por el que 60 años antes había navegado Orellana, y a su regreso a Quito comunicó sus descubrimientos y dio información sobre los nativos que había visto.

En el año de 1616, unos soldados españoles, estacionados en las fronteras de Quito, persiguieron a algunos indios que viajaban en canoa por el Marañón; en la persecución bajaron por este río hasta que encontraron a los maynas, unos indios que mostraron tanta disposición a la amistad y a convertirse al cristianismo que, de regreso al puesto fronterizo de Santiago de las Montañas, los soldados hicieron un informe tan favorable sobre ellos al virrey que este, en 1618, nombró como primer gobernador de Maynas y Marañón a don Diego Baca de Vega, quien fue el primero en someter a la gente de estos territorios y sujetarlos al dominio de España.

En 1638, según [Antonio de] Alcedo (1735-1812), los padres jesuitas, Gaspar Cuxia y Lucas de la Cueva, establecieron varias misiones en la región de Maynas a ambos márgenes del Marañón, dicha misiones continuaron floreciendo hasta la expulsión de la útil Compañía de Jesús en 1767.<sup>1</sup>

---

1. Uno de los más grandes misioneros jesuitas fue el padre Samuel Fritz, alemán, que, en 1686, predicó el Evangelio y convirtió a muchas tribus en Maynas. Dibujó un mapa del Marañón y sus afluentes que fue publicado en Quito, en 1707 [Para mayor información, véase De Alcedo 1788, t. 3: 23-24 (N. de la T.)].

La primera capital de Maynas fue San Francisco de Borja situada, según [Antonio de] Ulloa, a 4°28' latitud sur y 1°34' longitud este del meridiano de Quito.<sup>2</sup> En esta ciudad tuvo lugar una insurrección de los indios nativos en el año de 1635, que felizmente fue dispersada por los infatigables jesuitas; sin embargo, al poco tiempo, el pueblo de Laguna, en el margen oriental del Huallaga, a 5°13' latitud sur se convirtió en la sede principal o capital de las misiones de Maynas, las cuales se extienden desde San Borja a ambas orillas del Marañón, comprendiendo muchos caseríos o asentamientos, hasta las posesiones fronterizas de Brasil en Tabatingo. Desde el Marañón, el gobierno patriarcal de los misioneros se extendió hacia el sur a lo largo del río Ucayali y entre diversas tribus en sus orillas o en las selvas adyacentes, tales como los cocamas, piros y conibos o conivos, a quienes los jesuitas de Quito habían, en gran medida, convertido a la fe; pero otra vez se rebelaron, y volvieron a su nomadismo original y a su estilo de vida salvaje, tras haber dado muerte a sus pastores. Después de este desdichado acontecimiento, se hicieron varios esfuerzos infructuosos, especialmente en el año de 1695 y también en el de 1764, para volver a convertir estas tribus, hasta que, a la larga, los misioneros franciscanos del colegio de Ocopa lograron un nivel grande de éxito en tan dudosa empresa.

Pero mucho antes del establecimiento de este colegio de la orden, dos franciscanos, los padres Andrés de Toledo y Domingo Breda, inclinados a hacer conversiones al Evangelio, dejaron Quito, en el año de 1636, y tras haber superado enormes penalidades por agua y tierra, llegaron al Pará. Informaron de su llegada y descubrimientos a Santiago Raimundo de Noroña, gobernador de San Luis de Marañón, en el servicio unificado de España y Portugal, pues ambos países estaban bajo la soberanía de la Corona española. El resultado de la información así obtenida fue una exploración río arriba bajo el mando del capitán portugués, Texera. Un relato de todas estas actividades fue enviado de la Audiencia de Quito al Conde de Chinchón, virrey del Perú, quien, en el año de 1639, envió de regreso a la flotilla de Texera al Pará, llevando con él a los padres Christoval de Acuña y Andrés de Artieda,

---

2. De Ulloa 1748, t. 2: 530 (N. de la T.).

jesuitas de Quito, y otros hombres capaces, comisionándolos para explorar minuciosamente el río Marañón y sus orillas, y para que, tras haberlo hecho, se embarcaran para España a dar cuenta al Consejo de Indias, todo lo cual fue realizado de un modo meritorio.

Ya en el año de 1631, los misioneros franciscanos visitaron los alrededores del río Huallaga, hicieron conversiones y penetraron en la región de los panataguas. Contiguo a Huánuco, y, probablemente, dentro de los límites territoriales de esta tribu antigua, actualmente se sitúa el importante y civilizado pueblo indio llamado Panao, que está comprendido en el curato de Santa María del Valle.

De los panataguas se supone que han surgido varias otras tribus de distintas denominaciones, que se han dispersado en la región adyacente, donde el cristianismo no ha hecho más que lentos progresos.

Desde la ciudad de Huánuco, los padres de Ocopa penetraron por Panao, Muña y Pozuzo, al puerto sobre el río Mayro, donde formaron uno de sus primeros asentamientos: desde aquí parece que bajaron en canoa por los ríos Pachitea y Ucayali. Dicha ruta está bien definida en el mapa de aquellas partes, publicado en Lima, en el año de 1791, por la sociedad literaria llamada “Sociedad de Amantes del País”.<sup>3</sup> Este excelente mapa del territorio de las misiones del Perú fue dedicado a Su Católica Majestad, Carlos IV, emperador de las Indias, por la mencionada sociedad, y los reverendos pares del colegio misionero de Ocopa, cuyo guardián o superior, fray Manuel Sobrevela, lo enriqueció con un plano de los ríos Huallaga y Ucayali, y de la Pampa del Sacramento. En la ruta desde Huánuco, los franciscanos desde el tiempo que dejaron su último asentamiento cristianizado, Pozuzo (hace algunos años despoblado debido a la viruela), tuvieron que enfrentarse a los anajes, carapachos, callisecas y otras tribus salvajes que ocupaban el territorio entre Pozuzo y la desembocadura del Pachitea. Desde este lugar, donde el Pachitea se une al Ucayali, al río Saruyacu que entra en el Ucayali en 6°45’ latitud sur, descienden varios ríos desde las llanuras del Sacramento para unirse al Ucayali, tales como el Aguaytía, De

---

3. Se trata de el “Plan del curso de los ríos Huallaga y Vcayali y de la Pampa del Sacramento”, publicado en *Mercurio Peruano*, n.º 80, 9 de octubre de 1791 (N. de la T.).

Sipivos y Manoa, cuyos alrededores son habitados o frecuentados por varias tribus de indios conocidas por los nombres de shipibos, conibos, manoa y serebos, etc. Entre estos se lograron conversiones, pero la nación principal es la de los panos, que habitan en los alrededores del Sarayacu, y forman una gran parte de la población del pueblo del mismo nombre, que es la sede superior o más bien, actualmente, la única de las misiones de los franciscanos en el Ucayali. Esta misión fundada por el franciscano fray Girbal, en 1791, fue visitada en febrero de 1835 por el teniente de navío W. Smyth y el Sr. F. Lowe en su viaje “realizado para comprobar la factibilidad de una comunicación navegable con el Atlántico por los ríos Pachitea, Ucayali y Amazonas”. Lo encontraron bajo la guardianía del venerable padre Manuel Plaza, cuyo informe sobre estas partes forma un documento interesante en el *Mercurio Peruano*.<sup>4</sup> Este excelente misionero describe el clima de Sarayacu como más libre del paludismo y disentería que los asentamientos en las zonas bajas y húmedas de las riberas del río Maraón; y el teniente de navío Smyth y el Sr. Lowe, que ofrecen un relato interesante del estado presente de la misión apuntan que “el clima parece bastante al de la isla de Madeira” y, al igual que la ciudad de Huánuco sobre el Huallaga, en la estación seca la brisa que sopla por el río le da frescor.

El abandono de todos los asentamientos misioneros en estas regiones desde la decadencia del colegio de Ocopa, ha traído como consecuencia que los indios de dichos asentamientos se han reunido en Sarayacu alrededor del único padre y amigo espiritual que les queda, el padre Plaza. De este modo, la población de Sarayacu ha aumentado hasta casi 2000 habitantes. Estas tribus semibárbaras honran a su fiel pastor y están muy atentas al servicio de su iglesia, que se realiza en latín y en lengua pano. El teniente de navío Smyth y el Sr. Lowe, al no poder lograr la meta de su expedición —penetrar la montaña en Pozuzo, y descender por el Mayo—, volvieron a Huánuco y bajaron por el Huallaga, hasta que llegaron al río Chipurana, en la provincia de Maynas, que, según los misioneros, entra al Huallaga en 6°30' latitud sur. Remontaron el Chipurana hasta donde fue posible la navegación, y de

---

4. No ha sido posible hallar el texto a que hace referencia Smith (N. de la T.).

ahí, en parte por tierra, y en parte por agua, siguieron hasta Sarayacu, con la esperanza de poder, con la orientación del padre Plaza, realizar su expedición hasta Pachitea, una empresa en la que lamentablemente no tuvieron éxito, debido a la crecida de los ríos durante la estación húmeda, que dura desde noviembre hasta mayo. Además carecían de suficientes efectos que pudieran ser intercambiados por las provisiones necesarias para el sustento de una escolta de indios de la misión, sin la cual la empresa no era segura ni practicable en ninguna estación.

Sin embargo, el padre Plaza, antes de la visita del teniente de navío Smyth y el Sr. Lowe, escribió para hacer saber al gobierno su opinión sobre la comunicación del distrito de su misión por el puerto de Mayro, y su carta sobre el asunto fue publicada en Cerro de Pasco, después de que se tuvieron informes del fracaso de la expedición de los caballeros ya mencionados, en compañía de los peruanos mayor Beltrán y teniente Azcárate. Se ha de temer que este reverendo fraile esté demasiado aquejado por los años para ser de utilidad por más tiempo, y que aún se haya de lamentar más que con su muerte probablemente desaparezcan todos los esfuerzos suyos y los de sus predecesores en el mismo campo de la evangelización y civilización. No es probable que fray Manuel Plaza tenga un sucesor del colegio de Ocopa, pese al decreto sobre su restauración, mientras el Perú continúe agotando sus mejores recursos en la guerra, sea civil o defensiva, contra los estados vecinos. Para posibilitar que el país consolide su fuerza interior y atienda a las mejoras prácticas de las instituciones civiles y religiosas se debe tener lo que la mayoría de ciudadanos ansían sinceramente: un periodo de tranquilidad. Hasta que la paz interna no se logre, la paz del Evangelio probablemente no se enviará de nuevo para someter el turbulento espíritu de los cashivos o para restablecer y renovar los asentamientos y alianzas que antes instauraron los misioneros de Ocopa. Las alianzas, en su mayor parte, están casi olvidadas, y los asentamientos ya no se pueden ubicar, excepto en el mapa del amplio territorio misional ya aludido que fue dedicado por la orden y los académicos de Lima al rey de España. Pero, desde entonces, la dinastía de los reyes ha sido destruida, y el celo por la causa misionera, excepto en nombre y especulación, se ha desvanecido en el país, donde parecería que el patriotismo solo puede progresar en las ruinas de todas las mejores instituciones de los

días pasados, y cuando el escritor de la siguiente carta no exista más, el nombre del rey salvador, sino también de amigo<sup>5</sup> y patriota puede pronto dejar de ser escuchado y honrado entre las selvas y claros de la misión ahora aislada y abandonada del Ucayali.

La carta del padre Plaza, fechada en Sarayacu, el 14 de diciembre de 1834, estaba dirigida al subprefecto de Huánuco.<sup>6</sup> Le comunicaba que el 20 de noviembre de ese año había contestado al prefecto don Francisco Quirós con respecto al proyecto del Supremo Gobierno que le había sido enviado el 24 de septiembre por dicho subprefecto; e, incluso, había respondido a la brevedad posible mediante el correo de Moyobamba. Como temía que la carta, por alguna razón, se perdiera o confundiera, le escribía un duplicado. Allí le contaba que había leído cuidadosamente la nota recibida el 18 de septiembre del presente año, y le informaba que el proyecto adoptado por el Supremo Gobierno (entrar al río de Pachitea por el puerto de Mayro) era el mejor y el más seguro plan, debido a las ventajas que lograría la República con la apertura de la navegación por ese río, pues desde su unión con el Ucayali, arriba de la corriente del Mayro, solo existía un pasaje de siete u ocho días, y desde este último lugar a Pozuzo, por tierra, solo había una distancia intermedia de catorce leguas.<sup>7</sup> Sin embargo, consideraba que había un obstáculo que, en tanto existiera, interferiría seguramente con el beneficio del libre tráfico por el río Pachitea: en sus orillas vivían los paganos cashivos, caníbales crueles que se alimentaban de la carne humana los cuales, a veces, se valían de mucha astucia y artificio para engañar a los pasajeros, y en otras ocasiones, con toda la fiereza de las bestias salvajes de la selva, los atacaban sin temor, como se había comprobado

- 
5. “Amigo” es la primera palabra de castellano que se enseña a decir al indio de las misiones.
  6. Jorje Durán Figura como subprefecto de Huánuco para ese año (Paredes 1834: 64) (N. de la T.).
  7. El camino que existía antes entre Pozuzo y Mayro ahora está lleno de maleza que se ha vuelto intransitable sin la ayuda de un machete, cuyo uso los indios de Huánuco dominan muy bien. Por este camino, el viaje de Mayro a Pozuzo se hace generalmente en dos días, y el camino de Pozuzo a la ciudad de Huánuco en tres. En total, el recorrido de Mayro a Huánuco se hace en cinco días.

en dos expediciones realizadas desde este lugar por el padre Girbal. La primera vez, el padre solo pudo llegar a las chozas más cercanas, pues fue obligado a volver debido a la escasez de armas y a la pequeña escolta que le había otorgado el Gobierno. Posteriormente, avanzó a sus últimas rancherías, desde donde regresó sin haber realizado su propósito de llegar al Mayro, donde la gente esperaba su llegada con provisiones y todo lo necesario, y desde esta última expedición realizada en el año de 1797, no se han tomado nuevas medidas efectivas.

El padre Plaza aseguraba que las naciones vecinas de conibos y shipibos, situadas en los afluentes del Ucayali, aunque constantemente se dedicaban a expulsar a estos crueles enemigos nunca habían tenido éxito en ello, pues hasta ahora estos irrumpían en las casas y no satisfechos con matar a sus habitantes, se llevaban los cadáveres para celebrar banquetes, pues los cashivos tienen un apetito innato por la carne humana.<sup>8</sup> El proyecto de penetrar por el Mayro era el más factible, porque al bajar río abajo, los barcos se quedarían en el centro de la corriente, de modo que no podrían ser alcanzados por las flechas desde las orillas; además, simplemente con la descarga de unas pocas armas de fuego, se dispersarían, y, como felizmente no utilizaban canoas, no podrían interceptarles el paso, y hacerles daño material. Y, por otro lado, la bajada a este punto se realizaba en solo dos días, razón por la cual, era muy necesario contar con un guía experimentado, que fijara el tiempo tan pronto como fuera posible, para evitar cualquier desajuste en el encuentro. Cuando el plan fue propuesto por los comisionados, se realizó una expedición con toda precaución desde este punto, con el propósito de despejar el paso de gente tan destructiva e indómita, y, de este modo, los pueblos de la frontera pudieron proceder a extraer sus preciosos productos de la montaña.

---

8. Puede suponerse que esta costumbre de llevarse y comerse los cadáveres es una buena explicación de la antigua práctica, todavía usada por los indios de Ucayali, de enterrar a sus muertos dentro de la casa, como si les dieran cierta protección contra la furia del canibalismo; pero esta práctica parece haber existido desde la antigüedad entre los indios de la raza inca, aunque sin referencia a una costumbre tan sorprendente.

El padre Plaza decía que movido por este deseo y el de hacer felices a los habitantes del Ucayali, había sentido que era su deber vivir en tales misiones por el espacio de 34 años, y que deseaba que Dios permitiera a sus ojos ver la prosperidad de dichas regiones, ya que su expedición al Pangó no logró alcanzar las ventajas que se esperaban de ella.<sup>9</sup>

Agregaba que realizó esa expedición solo por complacer a los padres de Ocopa; pero que era fácil suponer que la relación así iniciada sería de duración corta debido a la gran distancia que separaba la misión del colegio; la dificultosa y peligrosa navegación en las cabeceras del Ucayali, y, finalmente, la opinión discordante de los padres europeos. Consideraba, sin embargo, que había llegado entonces el día en que sus deseos se realizarían mediante arreglos acertados con el gobierno supremo, y que contribuiría, en la medida de sus fuerzas, al éxito de la empresa, no solo asistiendo a los comisionados, sino acompañándolos en la expedición, aun anciano como era. Remitía todas estas consideraciones para información del subprefecto y del Gobierno, y pedía a Dios que los protegiera. Por último, solicitaba que le dieran acuse de recibo de la carta enviada ya que la anterior posiblemente se había perdido.

---

9. Como comentario a esta parte de la carta del padre Plaza no podemos hacer nada mejor que insertar un pasaje ilustrativo de lo aludido aquí, traducido de un trabajo de él mismo en el *Mercurio Peruano*, y citado por el teniente de navío Smyth y el Sr. Lowe en su *Narrative of a Journey from Lima to Para* (1836: 2-4) en que se dice que hay tres entradas al territorio del Ucayali: por Huánuco y el puerto de Mayro, por Tarma y el río Chanchamayo, y por Jauja y Andamarca, en dirección de Pangoa, que es transitable y ha sido así desde 1815 en que el padre Plaza la atravesó desde la Pampa del Sacramento a Pangoa, donde hizo amistad con varias naciones en el camino; y por esta ruta la misión ha recibido todas sus provisiones desde hace siete años. En esta expedición, el padre Plaza exploró todo lo que es notable desde Sarayacu, que está a quince días de distancia río arriba desde el Marañón, y descendió desde ahí hasta llegar al río Pachitea, en veinte días más. Debe notarse que la comunicación con Sarayacu por los ríos Pachitea y Chipurara es tan poco directa que el padre Plaza ni siquiera la menciona como una de las rutas a la misión, aunque esta fue la ruta seguida por la última expedición de 1834-1835, después de que fracasara el intento por penetrar por el Mayro. La carta del subprefecto también tardó cerca de tres meses en alcanzar la misión a través del territorio de Maynas.